LA SEÑORITA DOÑA CAROLINA CORONADO.

Cante la que mostrar la erguida frente
Pueda serenamente
Sin mancilla á la luz clara del cielo;
Cante la que á este mundo
De maldades fecundo
Venga con su bondad á dar consuelo.

C. CORONADO.

Hay en la vida de los pueblos épocas propicias para la poesía, que germina entonces donde quiera y ejerce su influencia con solo abrirla el alma, como abre una flor sus pétalos al rocío. A medida que las naciones adelantan en edad, la poesía se recoge en la imaginacion de algunos genios, que como cisnes estraños y de paso atraviesan cantando sobre una multitud que en su mayor parte no los comprende. Estos siglos prosáicos no son, como pudiera creerse, los mas funestos al arte; ellos, al contrario, engrandecen al poeta poniéndole á prueba y obligándole á proteger las cuerdas de su lira contra el choque de los intereses materiales. Cuanto mas prosa haya colectivamente en los espíritus, mas poesía puede haber en algunas cabezas. Porque la prosa domine hasta el punto de invadir el lugar de la poesía; porque los versos no esten en boga; porque la armonía haya hecho alianza con los discursos, ¿se ha de deducir que no puede haber poetas? Este es un error grave.

La poesía es un ministerio, un sacerdocio, un destino social y casi divino que no puede dejar de ejercerse con mas ó menos fortuna y fervor, con mas ó menos fé y entusiasmo. Cantar las maravillas de la creacion, espresar las afecciones nobles y generosas, los sentimientos virtuosos, los hechos heróicos; solemnizar las altas revelaciones del culto, no olvidar que la lira es un cetro pesado que es preciso llevar por deber, y el trípode un altar al que es necesario subir por sacrificio, hacer resonar en las edades esa voz solemne de Dios, de la cual son depositarios los labios del poeta, ser el eco de todas las doctrinas de vida y revelacion del porvenir, tal es la alta mision del arte.

En nuestra época, materialista y prosáica por escelencia, ademas de lucharse con todas las contrariedades que son consiguientes á la dominacion del sentimiento de realidad y positivismo en la sociedad, es condicion precisa constituirse en poeta y prosista infatigable, cultivar todos los géneros de literatura, producir volúmenes sobre volúmenes, no dejar, por decirlo así, respirar al público, para distinguirse de tantos como á sí propios se llaman poetas en la época mas antipoética posible; porque la celebridad es actualmente las mas veces la recompensa del autor mas fecundo, no del mas escelente. Así es que no podrá citarse un siglo que haya producido tantas obras literarias como ha visto aparecer el nuestro, y apenas alguno que otro genio del pasado podria vanagloriarse de haber escrito tanto como el último de los rimadores modernos.

Pero en medio de la indiferencia de la sociedad por la poesía, del desbordamiento de la prensa, de que la prosa ahoga los sonidos poéticos, aun hay almas privilegiadas en las cuales hallan eco los acentos del poeta, atravesando por la vocingleria de los versificadores del dia; aun hay personas, aunque no ciertamente en gran número, que acogen con interés los destellos del genio, aunque aparezcan sin la garantía de un nombre y con la inesperiencia de la juventud; todavía el verdadero talento puede dar á luz un libro de poesías con otra esperanza que la de verle sumergirse en el insondable mar de publicaciones sin importancia.

Y es que hay un género de poesía que vive inmutable en medio de las vicisitudes políticas, porque existe entre el alma y Dios, porque no es el sonsonete de la rima ni la disposicion métrica de las palabras, ni la descripcion pueril de un objeto, sino armonías del

corazon con la naturaleza, inspiraciones poéticas y filosóficas, revelaciones íntimas, fantasías profundas, desahogos del corazon, melodías perpétuas del pensamiento con el alma, acordes, en fin, del cielo con la tierra.

A este género pertenecen los cantos que el público conoce, de una de las poquísimas poetisas que por su genio y su inspiracion han llegado á hacerse un lugar tan distinguido como justo en la literatura española contemporánea. La popularidad de que goza en la península y en América el nombre de la señorita Coronado, y muy particularmente la lisongera acogida que acaba de hacerse al paralelo entre Safo y Santa Teresa de Jesús que recientemente hemos publicado en el SEMANARIO, nos ha movido á trazar una ligera noticia biográfica de la autora de *Los genios gemelos*, que no podrá menos de ser leida con interés por cuantos hayan tenido ocasion de admirar las escelentes producciones de la señorita Coronado.

Nueve leguas al Oeste de la capital de Estremadura, que tiene su asiento en las márgenes del Guadiana, en una de las villas mas agradables del pais por su alegre y despejado cielo, y á cien pasos de distancia de la casa de Almendralejo en que vió la luz primera el malogrado Espronceda, nació en 1823 la señorita doña Carolina Coronado de doña Maria Antonia Romero y don Nicolás Coronado. Allí se deslizaron dulcemente los primeros años de la graciosa niña, destinada á ser mas tarde orgullo de su patria por las virtudes que la distinguen, no menos que por su feliz talento.

Las vicisitudes políticas vinieron á turbar el reposo que gozaba la familia Coronado; y cuando nuestra poetisa contaba cuatro años, hubo de trasladarse aquella á Badajoz, porque su abuelo, despues de haber ejercido cargos distinguidos, murió como otros muchos servidores del estado, víctima del encono de Fernando VII, y su padre fué perseguido y encerrado en un calabozo por sus ántecedentes liberales. Lo que sufria cada dia para abrazarle con su madre, los insultos de los realistas y las tribulaciones de entonces, hicieron tan honda impresion en su memoria, aunque era niña por la edad, pero no por la precocidad de su entendimiento, que constituyeron el principio de su aversion á Fernando, y prendieron en su alma ardiente la primera chispa del patriotismo que se advierte en algunos rasgos de su vida y en muchos conceptos generosos y entusiastas de sus poesías. Aquellas desgracias de su familia, el haber morado mas en el campo que en las poblaciones, y la vida retirada que ha hecho siempre, han debido contribuir de consuno á formar el carácter melancólico, pero dulce, sencillo y afable de la señorita Coronado. A los nueve años ya se ocupaba en aprender dócilmente las labores propias de su sexo al lado de su madre; recibia una educacion la mas brillante que el pais permitia, y se distinguia de todas sus compañeras de la misma edad por su perfeccion en el bordado, que constituia su pasion favorita, mientras que por las noches satisfacia á hurtadillas su vehemente aficion por la lectura, y no ya por esas lecturas recreativas que todos emprendemos por entretenimiento en nuestra edad infantil, sino por obras tales como la *Historia crítica de España* por Masdeu, y las clásicas de nuestros poetas, hácia las cuales sentia una inclinacion irresistible. El estudio de estos modelos despertaba en su imaginacion el deseo de traducir al lenguaje poético lo que sentia en su alma, y la familiarizó con la versificacion, para la cual reunia las mas brillantes cualidades; de este modo, sola, aislada en un pueblo sin recursos artísticos ni literarios, completó en poco tiempo su educacion, dedicándose principalmente á la lectura de la *historia*, la *geografía* y la *literatura*.

Lo primero que escribió cuando aun no tenia diez años, fue una lamentacion con motivo de la muerte de una alondra, que enterró al pie de una encina: el papel en que trazó con lápiz aquellas frases sirvió de mortaja al pájaro. Catorce años contaba cuando trazó los primeros versos en una carta que dirigia á una amiga suya, y que terminaba de este modo:

Yo me siento violenta y comprimida
como el niño que hablar quiere y no sabe;
una cosa en mi alma está escondida.....
vivo abrumada por su peso grave.. ..
Un concierto suave
escucho en mis sentidos,
cual si dentro de mí hubiera sonidos.

Estos versos pintan con vivos colores el tesoro de poesía é inspiracion que animaba á la señorita Coronado desde tierna edad; no se resolvió sin embargo á dar pública espansion á sus pensamientos hasta un año despues, en que apareció su nombre al pie de la bellísima composicion titulada *La Palma*, que la valió un elogio del Sr. Donoso Cortés, en el periódico de Madrid que se titulaba *El Piloto*, y la siguiente poesía de su paisano Espronceda, el cual decia que dicha composicion á *La Palma* era *la música de la inocencia*:

Á CAROLINA CORONADO, DESPUES DE LEIDA SU COMPOSICION

A la Palma.

Dicen que tienes trece primaveras
Y eres portento de hermosura ya,
Y que en tus grandes ojos reverberas
La lumbre de los astros inmortal.

—

Juro á tus plantas que insensato he sido
De placer en placer corriendo en pos,
Cuando en el mismo valle hemos nacido,
Niña gentil, para adorarnos, dos.

—

Torrentes brota de armonía el alma;
Huyamos á los bosques á cantar;
Dénos la sombra tu inocente *palma*,
Y reposo tu virgen *soledad*.

—

Mas ay! perdona! Virginal capullo,
Cierra tu cáliz á mi loco amor:
Que nacimos de un aura al mismo arrullo,
Para ser, yo el insecto; tú, la flor.

Ardia por el año de 1838 con todos sus horrores la guerra civil, y la señorita Coronado emprendió con entusiasmo el bordado de una bandera que debia servir á un batallon nuevamente creado para defender la causa de la libertad. La diputacion provincial de Badajoz la pasó con este motivo un oficio, que entre otras frases que hacian justicia á las virtudes pátrias de la señorita Coronado, y al esmero, delicadeza y gusto de su penoso trabajo, contenia las siguientes líneas: «No le es dado á la diputacion recompensarle, porque sabe que el mayor premio para V. será el que los valientes á quienes sirve de guia recuerden al regresar á sus hogares cubiertos de laureles, la mano delicada que bordó el emblema por cuya defensa derramaron su sangre.» A este oficio acompañaba una sortija de brillantes, que llevaba en el reverso el nombre de la corporacion.

Desarrollábase mientras tanto mas y mas en nuestra poetisa la pasion por la lectura, hasta un estremo que parecia en abierto desacuerdo con las costumbres del pais, donde no podia menos de llamar la atencion, la escepcion inaudita de una jóven que se esforzaba en romper el estrecho círculo á que se halla limitada en España la educacion del bello sexo, por mas que dentro de él se ahoguen en gérmen talentos privilegiados. Creia necesario su madre poner coto á aquella aficion desmedida, y trataba de que se consagrára esclusivamente á ayudarla en los quehaceres domésticos, consiguientes á una familia de ocho hermanos; pero ella se desquitaba de tal prohibicion leyendo con avidez cualquier libro de nuestros poetas que hubiese á las manos, y aprendiéndole bien pronto de memoria para poder devolverle, segura de no verse ya privada de disfrutar las bellezas del poeta. De este modo, sin estudios sólidos, sin modelos, sin método y hasta sin papel y sin tiempo, iba la poetisa dando vuelo á los arranques de su fantasía en composiciones hechas en las primeras horas de la mañana antes que las tareas cotidianas vinieran á sacarla de sus meditaciones, ó en las postreras de la noche, cuando aquellas la dejaban en libertad de recojerse dentro de sí misma; ora en un instante de silencio en que mientras las manos se ocupaban de las labores de su sexo, el pensamiento se remontaba á las regiones ideales de la poesía, ora en un momento de inspiracion, producido por las bellezas de la naturaleza, admiradas en un paseo solitario.

Es ciertamente bien difícil de comprender cómo de esta manera misteriosa y clandestina, por decirlo así, pudo formarse una coleccion de poesías como las que, precedidas de una introduccion por el señor Hartzenbusch, apareció en Madrid en 1843; pero este hecho se esplica sabiendo que la señorita Coronado tiene la mayor facilidad para crear versos de memoria. La dificultad que ofrece este trabajo se comprenderá mejor despues de leer las siguientes observaciones, que ocupándose de esta misma materia, hace con muchísimo acierto aquel apreciable literato. «Solo quien haya probado, dice, á componer de memoria, es capaz de comprender la fuerza de atencion que requiere este penoso trabajo del entendimiento. El poeta que compone escribiendo, descansa en el papel del cuidado de conservar lo que crea, y no piensa mas que en seguir creando: el que compone de memoria tiene que desempeñar por sí la doble tarea de crear y retener; y como la mente humana no puede ocuparse á un tiempo en dos ejercicios, turbada la razon un tanto con ellos, la entonacion del poema no suele salir igual, ni las ideas muy íntimamente enlazadas, ni la espresion del concepto con la claridad suficiente para el lector,

para el cual cada pensamiento de una obra escrita se presenta solo bajo la forma en que quedó, sin que la acompañen las otras ideas auxiliares, ó simultáneamente concebidas, que contribuyeron á engendrarlo. En aquella exaltacion de ánimo, el poeta, con la mas leve espresion se comprende y satisface á sí mismo: el lector, que de ninguna manera se puede hallar en un caso semejante, necesita mas para comprender: el uno es el ciego, que por su finísimo tacto conoce un náipe sin verlo; y el otro es el hombre que ve, pero que necesita la luz para distinguir la figura estampada en la carta.» Esta exactísima pintura de las dificultades que ofrece la versificacion de memoria, no existe para la señorita Coronado: hállalas sí estraordinarias para escribir en prosa, por la tenacidad con que se le agrupan los consonantes, y lo que la desconcierta es el trabajo que tiene que emplear para descartarse de ellos.

La señorita Coronado, cuyo nombre habia figurado ya en 1843 en todos los periódicos literarios de alguna valía de Madrid y de las provincias, al pie de escelentes composiciones que eran reproducidas con elogio en los de la Isla de Cuba y Estados-Unidos, fué sucesivamente admitida en el Instituto Español, cuando esta corporacion tenia algo de literaria, y en casi todos los Liceos de España, inclusos los de Madrid y la Habana.

Pero como dice Mr. Gustavo Déville en el artículo relativo á las poetisas publicado en la *Revista de Madrid*, «cuando su animoso empeño iba á recibir la debida recompensa, en el momento en que debia empezar la vida real para ella, y en que los obstáculos con que habia tenido que luchar su noble vocacion, quedaban vencidos por los esfuerzos de su voluntad perseverante, se repitió por la prensa la noticia de su muerte.» Esto era al comenzar el año de 1844, y los periódicos vistieron luto por una pérdida tan sensible para las letras: tales demostraciones de simpatía, y los versos que se imprimieron á su memoria, fueron á sorprenderla á su casa de campo, donde vivia una gran parte del año; mas afortunadamente, como añade el citado Deville, la voz de la jóven poetisa se hizo oir desde el fondo de la tumba para probar á su pais que lo que bajaba á ella eran los despojos de su laborioso aprendizaje, pero que sobrevivia su alma, rica de fuerza, de gracia y de inmortalidad. El sentimiento manifestado por su supuesta pérdida la hizo concebir la idea de escribir un libro titulado: *Dos muertes en media vida*, que debe ser su obra póstuma.

Las continuas vigilias literarias, los estudios incesantes, una laboriosidad, en fin, estraordinaria, debian arruinar su salud; y en 1847 se vió atacada de un mal grave: teniendo entonces que trasladarse á Andalucía, visitó á Cádiz, en cuya ciudad permaneció algun tiempo, despidiéndose con una bellísima inspiracion *Al mar*, que reprodujeron todos los periódicos de la Península y de América.

A una enfermedad nerviosa que la dejó baldada y la obligó á buscar su curacion en unas aguas próximas á Madrid, debió tambien la corte el tener en su seno á la distinguida poetisa que nos ocupa: el Liceo artístico y literario la dedicó una sesion, donde fue premiada con una corona de laurel y oro en cuyas cintas se leian su nombre y el del Liceo, y en el mismo leyó su lindísima composicion: *Se va mi sombra; pero yo me quedo.* En la sesion régia que este celebró despues para obsequiar á SS. MM. se representó *El cuadro de la esperanza*, una de sus obras dramáticas, en cuyo género ha escrito ademas un drama histórico titulado *Alfonso IV de Leon*, y otro, inédito aun, cuyo título es *Petrarca*.

Su vida es tan sencilla como sus versos; pásala rodeada de flores y pájaros, y distribuye habitualmente las horas del modo siguiente: se levanta á las siete, escribe hasta las once, se ocupa de las labores de su sexo hasta las dos, vuelve á escribir hasta las cinco, da leccion de geografía á sus hermanos, y se dedica nuevamente á escribir hasta las diez de la noche, en que la fatiga mas bien que el sueño la obliga á recogerse para continuar componiendo versos de memoria. Sufre con frecuencia fiebres mas ó menos fuertes; pero aun en medio de sus padecimientos trabaja mentalmente, porque el mal, que se la fija en el pecho, la deja siempre libre y despejada la cabeza.

¿Hay quien desee visitar el gabinete de la poetisa, quien quiera echar una mirada por los objetos mas notables que la rodean? Hé aquí pues la lista de ellos para satisfaccion de su curiosidad: un cuadro del *divino Morales* que representa en actitud de escribir á Santa Teresa de Jesus, con cuyo hermoso rostro tiene marcada semejanza el de nuestra escritora, por una coincidencia notable; dos coronas por bajo; dos tórtolas en un ángulo que la arrullan mientras escribe; algunas flores sobre su mesa que se renuevan todos los dias, y exhalan continuamente su perfume.

¿Necesitamos engolfarnos ahora en el exámen de unas poesías tan conocidas y tan justamente apreciadas por su originalidad, por su espontaneidad y por su belleza, como las de la señorita Coronado? No ciertamente; porque sus escritos estan juzgados, y nosotros no podriamos añadir nada al fallo del público y de los hombres entendidos. Hemos dicho al principio de estos renglones que pertenecen á un género que no perece nunca, porque tienen su origen en los sentimientos generosos del corazon, en la admiracion de las riquezas de la naturaleza, porque son impresiones del poeta causadas por *la soledad*, por un acceso de *melancolía*, por la contemplacion de las *nubes*, por la *palma*, que *alza gallarda su cabeza al viento*, por el dolor de *una despedida*, por las brisas del *otoño*, por el brillo de *una estrella* que luce en el firmamento, por una *gota de rocío* que riega la flor en la aurora, por un *pájaro perdido*, por la vuelta de *las golondrinas*, esas encantadoras mensajeras de la primavera, por recuerdos del techo paterno, de los lugares en que hemos dejado alguna cosa de nuestra infancia, por memorias de los primeros latidos del corazon, por el aspecto de las flores, por el canto del ruiseñor, por la mariposa de cuerpo dorado y alas de gasa, que muere en la corola de la rosa recien abierta. Si alguna vez alza el tono de sus acentos y canta *La fe cristiana*, ó se lamenta de la suerte de *Mérida, la que opulenta fue grande y señora*, ó se indigna hablando del desenfreno de *El marido verdugo*, ó hace resonar su lira con el brio y energía de Espronceda, al elevar su voz á la Reina en una oda de la cual no conoce el público mas que algunas estrofas, pronto recobran sus versos el carácter de dulce melancolía, de candor y de ternura que les prèsta su principal encanto, su gracia, su donaire; pronto vuelven á adquirir la blandura, la sencillez de conceptos, la brevedad en el desarrollo, y á distinguirse por la delicadeza en la eleccion de asuntos, que prueban la pureza de espíritu de la poetisa, cuyos ecos conmueven, interesan y deleitan de tal modo, que apenas puede el crítico reparar en tal cual incorreccion ó desaliño, imposible de evitar en composiciones hechas de memoria.

Despues de publicado el tomo de poesías de que dejamos hecha mencion, ha dado á luz de diez á doce mil versos en varios periódicos de Madrid, de las provincias, del estrangero y de América. Los escritores han pagado el debido tributo al mérito superior de la señorita Coronado, que posee ochocientas veinte y nueve composiciones escritas en su obsequio, entre las que se cuentan algunas italianas y francesas; á una de las españolas, debida al señor Rubí, acompañaba la corona que este recibió al estrenarse *La rueda de la fortuna*.

En el pasado año ha comenzado á cultivar la novela con tan feliz éxito como era de esperar de su talento privilegiado. Tres hemos visto impresas en la isla de san Fernando, y precedidas de un prólogo de don Adolfo de Castro, cuyos títulos son: *Paquita, La luz del Tajo, Adoracion*; á estos ensayos ha seguido otra titulada *Jarilla*, y en la actualidad concluye un trabajo del mismo género, pero de mas pretensiones, cuyas dos primeras partes tenemos en nuestro poder; titúlase *La Esclaustrada* y es una concepcion sumamente original, en la que se hallan dibujados caractéres interesantísimos, tipos caprichosos algunos, pero pintados todos de mano maestra, escenas llenas de candor y de inocencia que cautivan al alma y entusiasman al lector. El estilo es satírico, festivo, aunque á veces la autora (que tal vez ha tenido el mayor trabajo en ocultar una historia con el velo de la fábula) deja conocer el sentimiento con que escribe: el cuadro tiene pocas sombras negras, pero sí medias tintas que le dan una entonacion admirable. Si algun lector llora se va enterneciendo, le distrae de pronto con alguna jocosidad, y para el que se entrega á la alegría tiene alfileres en cada palabra, que le clava sin piedad. En suma, *La Esclaustrada*, nos atrevemos á asegurarlo, es uno de esos libros destinados á producir una sensacion profunda, y á hacer época en la vida literaria de la autora. Esta acaba de remitirnos ademas los primeros capítulos de una linda novelita titulada: *la Sitgea*, escrita para nuestro periódico.

En él nos ha dispensado la honra de publicar el magnífico paralelo entre *Safo y santa Teresa de Jesus*, que con tanto placer han leido nuestros suscritores. Complacémonos en anunciar que este precioso escrito no es hijo de un pensamiento aislado, de un mero capricho del momento, sino que tiene por el contrario su origen en las observaciones filosóficas y fisiológicas que la señorita Coronado ha hecho en sus estudios sobre la historia de la literatura; y que es, en fin, parte de un libro, destinado á resolver mas de un problema literario, que con el título de *Los genios gemelos*, se irá formando con los artículos que vayan apareciendo en el SEMANARIO, los cuales vendrán á ser los capítulos de la obra. La observacion ha sugerido á la poetisa la idea de que los genios nacen de dos en dos. No basta que se interpongan entre ellos los siglos, ni que los separe la educacion, ni la diversidad de pueblos, climas, costumbres y religiones: *Safo y Santa Teresa de Jesus, Schiller y Hartzenbusch, madama Staël y Donoso Cortés, Byron y Quevedo* (estos dos últimos hasta en aquella pierna torcida, que segun decia el primero: «nunca le perdonaban las mugeres» y que le hizo esclamar al segundo: «como tu alma tengo la otra pata») ofrecen para la autora innumerables puntos de semejanza que ella pone de relieve con la irresistible lógica, con el ingenioso artificio, con la profunda filosofía, con la gracia, con el talento de que nuestros lectores tienen ya una brillante prueba.

Recopiladas desaliñadamente las principales fases de una de las existencias literarias mas laboriosas y mas brillantes de nuestra época, réstanos añadir un rasgo mas al ligero boceto que hemos ensayado para hacer el retrato de la señorita Coronado: á la alta reputacion que sin pretenderlo, y hasta sin desearlo, ha adquirido como poetisa y como escritora, ha sabido añadir otra fama mas modesta, pero no por eso menos digna de referirse: la de caritativa, la de bienhechora. Su nombre no es desconocido para ningun infeliz, para nadie que padece cerca de ella; su celo por la educacion es tan grande, que se la vé con frecuencia en las escuelas de primera enseñanza animando y premiando á los alumnos; su cooperacion ha contribuido en gran parte al estado brillante en que se encuentra la escuela de párvulos de Badajoz, sostenida por una sociedad para mejorar la educacion del pueblo, á la cual ha prestado servicios de la mayor importancia. En resúmen, y para decirlo de una vez, sus versos, como ha hecho observar el señor Hartzenbusch, son ella misma, porque pintan su corazon, su gusto, su edad, su estado, su posicion social, y hasta la noble compostura de su semblante: sus ideas, sus rasgos de patriotismo, los escelentes artículos que ha escrito demostrando la necesidad de una union entre los dos reinos que forman nuestra península (cuya felicidad es tal vez un sueño mientras aquel hecho no se verifique), retratan á la hija del pueblo que ambiciona á toda costa la prosperidad de su pais; los arranques caritativos y generosos de su corazon ponen en evidencia la pureza de su alma, la escelencia de sus sentimientos. Dos títulos ha llegado á adquirir que la caracterizan perfectamente: los escritores la damos el nombre de *hermana*; los desgraciados la llaman su *ángel!*

LA COLADA,

ESPADA CÉLEBRE DEL CID CAMPEADOR.

En el número 19 de este periódico, correspondiente al 13 de mayo del año anterior de 1849, se incluyó un artículo destinado únicamente á hablar de la famosa TIZONA, espada que compartió con la COLADA el honor de que la empuñase el siempre celebrado Rodrigo Diaz de Vivar, llamado por sobrenombre el *Cid Campeador*. Como no es posible hablar de la Tizona sin mencionar á la Colada, el erudito autor del citado artículo, y amigo nuestro, pone en duda la existencia de esa tan célebre antigüalla en la Armería Real, apoyado, y con razon bastante, en las observaciones hechas por Mr. Jubinal sobre una espada descrita en la lámina 30 del tomo I de su coleccion intitulada la *Armería Real de Madrid*.

Justa en verdad fué la duda, recayendo las observaciones del escritor francés sobre el objeto que describe; pero precisamente está muy lejos de ser la *Colada* la espada que allí se cita. Razones poderosas tuvo para decir lo que dijo de la supuesta arma, y hubiéramos querido que hubiese empleado la misma crítica respecto á otras piezas que no forman menor anacronismo que el de la susodicha lámina 30 de su obra.

La verdadera *Colada* existe en la Armería Real, y es la que está dibujada en la lámina 10 de la obra de Jubinal como perteneciente á Felipe II, y la que encabeza la viñeta de este artículo.

Encargados hace algun tiempo de la redaccion de un catálogo descriptivo, artístico é histórico de todos los objetos existentes en la Armería de S. M., hemos tenido que examinar con una detencion tan penosa como prolija cuantos documentos y antiguos inventarios hemos podido encontrar en los archivos, que tratan de la procedencia de dichos objetos. Con su revision, y juntamente con la confirmacion de *Berganza* en sus *Antigüedades de España*, tomo I, pagina 575, hemos conseguido determinar de una manera indudable á la Colada.

Segun los escritos antes citados, la hoja tiene en un lado las palabras SI, SI, y en otro NO NON, como aparece en el dibujo anterior. En esa espada, efectivamente estan las palabras NO NON; pero se han equivocado en creer que dice SI SI en el otro lado. Examínense las palabras referidas, y se conocerá que si no cabe duda en cuanto á las últimas, la hay, y mucha sobre las primeras, pues estas, en vez de decir SI SI indican claramente componerse de una R y tres III con adornos interpuestos. Acaso haya quien presente alguna interpretacion mas acertada que la nuestra.

Consta tambien que la guarnicion de la Colada era de cruz; la que hoy tiene no es así; pero esto no es un motivo para dudar de su autenticidad; pues ha sido costumbre de gente ignorante y profana, quitar empuñaduras antiguas para sustituirlas con modernas, de lo cual se dan muchos ejemplos.

Téngase, pues, entendido, que existe en la Armería la célebre COLADA, y que el curioso que quiera verla la encontrará señalada con el número 1727, entre los hermosos objetos de aquel brillante museo.

La Colada la ganó el Cid al conde don Berenguer Ramon II, *el fratricida*, en 1089 en las batallas de Almenara ó del Pinar, segun la crónica del P. Belorado.

Bofarull, autor de *Los condes de Barcelona vindicados*, dice en la página 143 del tomo II de su obra, lo siguiente: «Deben, pues, tenerse por ciertas las victorias que el Cid Campeador alcanzó de su competidor y antagonista don Berenguer el *fratricida*, su prision y la pérdida de la famosa espada *Colada*.»

El autor del poema del Cid publicado por don Tomás Sanchez, ensalzó el mérito de la *Colada* diciendo:

«Al conde don Remont á prison le han tomado,
Hy ganó á Colada, que mas vale de mill marcos de plata;
E venció esta batalla, poró ondró su barba
Prísolo al conde, pora su tierra lo levala:
A sus creenderos mandarlos guardaba, etc., etc.

MARTINEZ DEL ROMERO.

ORIGEN DE VARIAS FLORES, LEGUMBRES, FRUTAS Y PLANTAS.

Flores.

El clavel proviene de Italia.—El lirio de Siria.—La margarita de China.—El tulipan de Asia.—El laurel de la Isla de Creta.—La rosa

comun de Europa.—La rosa de cien hojas del Cáucaso.—La berdolaga del Asia.—La escorzonera de Africa.—La tuberosa de Ceylan.—El narciso de Italia.—La yerba doncella de Madagascar.—El geráneo del Cabo de Buena-Esperanza.—La granada de Africa.—La hortensia de la China.—El heliotropo del Perú.—La siempre-viva de

Oriente.—El lirio-cárdeno de Francia.—El jacinto de Turquía.—El lila de India.—El mirto de Asia.—El olivo de Grecia.—El naranjo de China.—La sensitiva de América.—El girasol del Perú.—El aneto de Italia.—La anémona de la India.—La ogiacanta ó espino blanco de Francia.—El almendro de Asia.—La balsamina de la India.—El lirio purpúreo de China.—La madre-selva de Italia.—El ababol ó amapola de Turquía.—La kalmia de América.—El ciprés de la Isla de Creta.—La centaura de Oriente.—La digital de Francia.—El hipericon de Tartaria.—La jeringuilla de Francia.—El jazmin de la India.—La acacia de Berbería.—El gamon de Italia.

Legumbres.

La patata proviene del Brasil.—La judia ó abichuela de la India.—La alcachofa de Andalucía.—El espárrago del Asia.—Las lentejas de Francia.—Las espinacas del Asia menor.—La cotufa ó patata de caña de América.—La linca del norte de Europa.—La lombarda de Egipto.—La coliflor de la Isla de Chipre.—El pepino de España.—La calabaza de Rusia.—El nabo de Francia.—El melon de Africa.—El perifollo de Italia.—El berro de la Isla Candía.—La carrota ó zanahoria de Francia.—La lechuga de la Isla de Cos.—El peregil de Cerdeña.—La chalota ó escaluña de Siria.—El ajo de Oriente.—El hinojo de las Islas Canarias.—El cardo de Italia.—El ápio de Francia.—El tomate de América.—La cebolla de Egipto.—El rábano picante de China.

Frutas.

El albaricoque proviene de la Armenia.—El melocoton de Persia.—La uva del Asia.—La pera de Francia.—La ciruela de Siria.—El membrillo del Asia.—La castaña de la Lidia.—La cereza del Asia Menor.—La almendra de la Mauritania.—La manzana de Francia.—La manzana reneta de Siria.—El anana de América.—La fresa de

anana de la Luisiana.—La frambuesa de Francia.—La mora del Asia.—El limon de Egipto.—La naranja de India.—La granada del Asia.—La aceituna de Grecia.—La avellana del Asia.—El higo de la Mesopotamia.—La capuchina ó mastuerzo de Indias.—La nuez del Asia.—La nabina del Asia menor.

Plantas.

El cacao proviene de Méjico.—El anís de Egipto.—El café de la Arabia y de las Antillas.—El clavo de la India.—La caña de azúcar de la India y de las Antillas.—El té de China y del Japon.—El tabaco del Brasil.—La borraja de la Siria.—El cáñamo del Asia.—El pimiento de América.—El lino del Asia.—El arroz del Oriente.—El trigo y el alforfon del Asia.—El sahuco de la Persia.—El centeno de Rusia.

CUENTOS DE VIEJA.

El caballito discreto.

Habia un rey que tenia una hija, pero tan discreta y hermosa, que sin haber nacido princesa hubieran pedido su mano los príncipes mas arrogantes. Como era discreta y hermosa, tenia caprichos muy estraños y se le antojó no casarse, como no fuera con un príncipe que tuviera los ojos verdes. El rey, su padre, se desesperaba viendo tan singular antojo, pero esperaba resignado á que algun príncipe de ojos verdes se presentára en la palestra. Transcurrieron meses y meses sin que apareciera el deseado, y una tarde, no dice el cuento si era de verano ó de otoño, salió el rey, con su hermosa hija, á dar un gran paseo á caballo. Cruzaban una estensa plaza, cuando vieron venir hácia ellos un arrogantísimo ginete, que cabalgaba airosamente sobre el caballo mas fogoso y de mejor estampa que habia pisado aquella corte. El caballero y el caballo llamaron al punto la atencion del rey y de su hermosa hija, pero quedaron asombrados, cuando, emparejando el caballero con la real comitiva, vieron que tenia hermosos ojos verdes, como el verde de la esmeralda.

La gallardía del desconocido y gran mérito de su corcel, les hicieron comprender al punto que se las habian con un príncipe, deseoso de alcanzar la mano de la caprichosa princesa; y que no podia menos de conseguirlo, teniendo la rara cualidad que la dama habia deseado.

Llamó el rey al bizarro jóven, y desde las primeras palabras, supo que el ginete era un príncipe, venido de muy luengas tierras solo á pedir la preciosa mano de tan incomparable beldad. El rey quedó muy satisfecho de tan singular adquisicion, y la princesa, de buen ó mal grado tenia que cumplir su palabra.

Los preparativos de la boda no fueron largos, aunque sí tristes para el rey, porque el príncipe les habia impuesto una penosa condicion. Consistió esta en que el mismo dia del matrimonio habia de seguirle la esposa á sus estados, sin llevar otra comitiva que la compañía de su esposo. Puso el rey algunos obstáculos, pero al fin hubo de ceder y se realizó el matrimonio.

En las reales caballerizas habia un caballito alazan muy querido del anciano rey, por su docilidad y brio, al cual la princesa miraba con la misma predileccion. Ocurriósele que al dejar sus dominios y su palacio, quizás para siempre, debia despedirse de aquel caballo, y bajó á la cuadra con las lágrimas en los ojos y un pedazo de pan en la mano, que debia ser el último obsequio hecho á tan precioso animal.

¿Te vas, princesa? le preguntó el mimado alazan, viéndola llegar á su pesebre. La princesa le respondió afirmativamente sin asombrarse, ya porque en aquel tiempo hablaran todos los caballos, ó ya porque el CABALLITO DISCRETO hubiera dado pruebas en alguna solemne ocasion de aquella rara habilidad. Repuso que sí la princesa, y el caballo continuó:

Ya que te marchas con tu esposo pídele á tu padre que te permita ir montada sobre mi lomo, y por mas instancias que te haga el príncipe de los ojos verdes, no cabalgues en su caballo. En vano pretendió la princesa averiguar por qué razones queria el caballo acompañarla, pues éste se empeñó en no decirlas, y la dama hubo de contentarse con seguir á ciegas su consejo.

El príncipe de los ojos verdes y el anciano rey calificaron la exigencia de la princesa de un nuevo y estraño capricho; pero tan perseverante y resuelta se manifestó, que esposo y padre la concedieron su demanda.

Llegado el momento de partir, cabalgó la hermosa princesa en el CABALLITO DISCRETO; caballo que se distinguia, entre otras raras cualidades, por una cruz blanca en la frente, y salió á la plaza de palacio, en donde su esposo la esperaba sobre el arrogante corcel que la habia traido de su reino. Apenas se mostró la princesa, cuando el caballo del príncipe de los ojos verdes se encabritó violentamente, y al acercársele el alazan dió un salto tan estraordinario que salvó una buena parte de la plaza, partiendo luego á trote largo.

Siguió el CABALLITO DISCRETO la marcha del otro corcel, guardando siempre la misma distancia, y de este modo se alejaron de la ciudad. Mas de una legua habrian corrido por sendas poco transitadas, y el príncipe de los ojos verdes empezó á rogar á su esposa que, abandonando el alazan, montase á la grupa de su poderoso caballo, mucho mas veloz y seguro. La princesa se resistió, y el príncipe, para obligarla, comenzó á saltar anchos fosos, altos vallados, y á correr por ásperas breñas con portentosa rapidez. Seguia el CABALLITO DISCRETO la misma direccion que el príncipe; pero esquivaba los precipicios y caminaba por las sendas.

Comenzó en esto á anochecer, y el esposo gritó nuevamente á la esposa á que abandonara su caballo; fundándose en que si no corrian con la velocidad del rayo, se haria enteramente de noche y no encontrarian alojamiento. No se conmovió la princesa al escuchar tales razones, y continuó en su CABALLITO DISCRETO.

A la escasa luz del crepúsculo, divisaron poco distante en la cima de una montaña un edificio, hácia el cual el caballo de la princesa comenzó á marchar rectamente, mientras el del príncipe se alejaba, como por temor de encontrarlo. No te acerques á ese edificio: gritaba á la esposa el esposo, que es un asilo de ladrones: pero la princesa continuaba abandonándose al instinto de su caballo, y muy en breve se encontró á la puerta de un monasterio. La dejó el caballo que pidiera

hospitalidad por aquella noche; y pocos momentos despues era conducida por un fraile á la presencia del prior. Hallábase este en un salon magnificamente adornado, y le acompañaban muchas personas, frailes las unas y la mayor parte caballeros.

Distinguíase entre los caballeros un jóven de marcial continente, alta estatura y ojos negros; el cual vestia, lo mismo que sus compañeros, un lujoso traje de caza. Cuando se presentó la viajera todos quedaron admirados de su soberana hermosura, y particularmente el jóven, que se levantó inmediatamente y se adelantó á recibirla.

Preguntó el prior á la princesa quién era y donde venia: y la princesa respondió que era una dama de alta clase y que al pasar de una ciudad á otra, se habia desbocado su caballo, metiéndose en medio de las breñas y conduciéndola á aquel lugar.

Sus maneras y sus vestidos probaban manifiestamente la calidad de su persona: los caballeros y los frailes dieron completamente crédito á su narracion, y la tributaron á porfia las mas galantes atenciones. Cenó la princesa tan opiparamente ó mas que si hubiera estado en su palacio; sentada entre el padre prior y el jóven de los ojos negros, y despues de reposada la cena, se acostó en un lecho de púrpura, que no obsequiaba menos á sus huéspedes la opulenta comunidad.

Intentó dormir la princesa, pero no pudiendo conseguirlo, se arrojó del lecho y abrió la ventana de su aposento. Tendió sus miradas por las sombras y sobre un pico de la sierra, frente por frente al que ocupaba el monasterio, descubrió al príncipe de los ojos verdes, siempre á caballo; vió en sus ojos una llama azul, parecida á la del azufre, y oyó que la estaba llamando con voz estentórea y tonante. Cerró la princesa la ventana convulsa y pálida de horror, se ocultó en su lecho amedrentada, y siguió viendo toda la noche la fatídica luz de aquellos ojos y oyendo el eco de la voz.

Muy larga pareció la noche á la desconsolada dama; al momento que amaneció abrió de nuevo la ventana, vió al príncipe de los ojos verdes en el mismo paraje que la víspera, é inmediatamente bajó á ver al *caballito discreto* para consultarlo en su apuro. El caballo la respondió que no saliera del convento, y la dama subió á los cláustros, precisamente cuando la buscaban para que desde el balcon de la celda abacial viera salir una procesion que se habia de hacer aquel dia. Dirijióse al balcon la dama, acompañada solamente del jóven de los ojos negros, y lo primero que desde él vió fué al príncipe de los ojos verdes, que no abandonaba su atalaya.

Comenzó á salir la procesion, y segun costumbre, iba delante una preciosa cruz de plata: á su vista, el fogoso caballo del príncipe de los ojos verdes se alzó de manos y lanzó un relincho espantoso. Despues de la cruz fueron saliendo los caballeros y los frailes en dos hileras, y con sendos cirios en las manos; y por último unas ricas andas cinceladas en las cuales iba el Santísimo Sacramento. Al aparecer las ricas andas se oyó el estampido de un trueno, el príncipe de los ojos verdes y su caballo se convirtieron en una columna de humo, y la princesa, que no habia separado su vista del caballo y el caballero, cayó al momento desmayada.

Cuando volvió en sí, se encontró en el lecho que habia ocupado aquella noche, rodeada de los caballeros y frailes, á los cuales contó llorando los pormenores de su boda. Reconvinola el padre prior por haber tenido el antojo de casarse con un príncipe de ojos verdes; haciéndola considerar que en el pecado habia hallado la penitencia, y el jóven de los ojos negros, que era el señor de aquella comarca, la ofreció su mano de esposo. Admitióla la hermosa princesa, contentándose con unos ojos menos estraños, y el padre prior los bendijo en nombre de las tres personas.

Al siguiente dia marcharon todos á la corte de la princesa, y su padre la recibió con el mayor júbilo, admirándose de tan rara y peregrina historia.

Todos habrán adivinado que el príncipe de los ojos verdes era Lucifer en persona: lo que no ha podido averiguarse es quién era el buen CABALLITO DISCRETO.

JUAN DE ARIZA.

ESTUDIOS
SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el rio suena!

(Continuacion.)

«¡Es ella!» esclamé sin poder contenerme, porque el rostro que á cortísima distancia de mis ojos acababa de ver era el de Matilde; y apresurándose ella á ocultarse de nuevo bajo de la careta, se me acercó y me dijo en voz baja: «Máscara, si me has conocido, hazme el favor de no decirlo, porque me quitarias la diversion.» Dichas esas palabras y sin esperar respuesta, corrió á incorporarse con los suyos, que componian ocho parejas, sin contar el emperador que hacia funciones de bastonero, cuatro músicos, y dos esclavos que llevaban los escudos de los hombres y unas guirnaldas de flores para las señoras.

Entraron, pues, en los salones, marchando al son de una música triunfal, hasta que despues de haber dado vuelta para que todos admirasen la propiedad, buen gusto y riqueza de los trajes, tomaron el centro de la mayor de las salas y allí bailaron la ensayada contradanza, complicadísima máquina de cadenas, enteras y medias, desmayos, arcos, y toda la demas nomenclatura de figuras en que nunca estuve muy ducho y ahora tengo casi olvidada. Yo, entre tanto, procuraba en vano distinguir entre tres ó cuatro de las máscaras, cuyo talle y apostura, atendida la identidad del traje, se asemejaba lo bastante para confundirlas, cual fuese la reina y señora de mis pensamientos: pero al cabo, fatigado de tan inútil tarea, y además ocurriéndoseme la idea de que la que habia visto no era Matilde, sino la viuda de Moron, regresé á mi atalaya á examinar impertinente á cuanta manola pasó por mis inmediaciones. Pocas cosas hay mas desagradables en el mundo que hallarse en medio del bullicio, algazara y alegria de un baile de máscaras con el corazon triste y oprimido. Uno pasa y le dice á V.: ¿Te diviertes, Máscara? Y haciendo un gesto ridículo, suelta una impertinente carcajada y prosigue su camino. Otro se acerca y esclama: ¿Quién te ha engañado? Anda á dormir, estafermo.—«Este es marido, me dijo un Templario, y ha perdido á su consorte. Consuélate que á mas de cuatro les sucede lo mismo.» Una ladina maja, despues de contemplarme á su sabor, y con socarrona sonrisa, volviéndose á su acompañante esclamó: «Mira, el traje no es bonito: pero el pico lo suple todo, porque ahí se está como un poste hace mas de una hora.» Y así sucesivamente cuantos tropezaban conmigo y no iban bastante agradablemente ocupados para prescindir de la tristísima figura que estaba haciendo. A la una de la noche renuncié á la esperanza de ver á la suspirada manola, y me hubiera marchado del baile, si no se me ocurriera que, acaso por circunstancias imprevistas, no habia Matilde podido traer el traje ni la seña convenida, y que tal vez era ella la Romana á quien habia visto. Quien se ahoga no examina si lo que ase es cable ó raiz flotante, asir algo y ese algo con fuerza, eso le aconseja el instinto de la conservacion y eso hace. Entré, pues, de nuevo en los salones y esa vez con *pié derecho*, porque apenas anduve cuatro pasos se me llegó la Romana y entabló ella misma la conversacion, dándome gracias por la discrecion que observaba.

«No sé, le respondí, si puedo yo darte á ti tambien las gracias, ó si, por el contrario, quejarme del planton.—No te entiendo, Máscara.—Sin embargo, el dominó y la cinta...—¡Ah! el dominó y la cinta.... ¿Fué esta esclamacion de persona que cae en la cuenta, ó espresion de sorpresa? Tal vez ni lo uno ni lo otro, mas yo interpretándolo del primer modo, repuse: «¿En fin te acuerdas?—Sí, sí, me contestó riéndose.—Pues aquí me tienes: porque tú me lo has mandado vine, que mi alma no está para bailes. Desde que me fui de Ronda.....—¡Ah! volvió á interrumpirme la bella Romana; ahora te conozco.—¿Y hasta ahora no? Luego no eres tú quien me ha escrito.—En mi vida.—¿Quién pues ha sido?—Tú y ella lo sabreis.—¿Quién es ella?—Tu querida.—Tú sola eres á quien adoro.—Muy de repente te ha entrado.—¿De repente? Te engañas: eres dueño de mi corazon desde que te ví por vez primera.—Y última.» Esta palabra no me dejó duda de que hablaba con la viuda del cortijo, y si alguna tuviera me la disipara una desenvuelta manola que, poniéndome la mano sobre el hombro y dirigiéncose á la Romana, con voz entera dijo: «Esta prenda tiene dueño, máscara.»—Si eres tú ya puedes llevarte tu alhaja, respondió la interpelada: pero bueno será que le pongas un collarcito con tu nombre, por si se pierde.—No nesecita collar para seguirme.—Sin embargo, pierde con facilidad la pista.—Señoras, señoras, esclamé yo, temiendo que la broma pasase los límites racionales.—La Romana soltó mi brazo y me dejó libre con la manola, quien mostrándome la mano derecha y en ella la esmeralda á guisa de talisman, me arrastró en pos de sí, bien fácilmente.

Por mas que Matilde quiso no alcanzó en mas de una hora á hacerme entablar otra conversacion que la de un amor que durante dos años habia encerrado en el pecho y entonces desbordaba ya incapaz de contenerse. O estuve elocuente, y no lo estrañaria, porque el lenguaje de las pasiones lo es siempre, ó el terreno estaba bien dispuesto; ello es que fui escuchado con indulgencia y que no se me negó alguna esperanza. Calmado mi primer ardor, confieso que renacieron las sospechas del pasado lance, y entre todas la mas vehemente, la para mí mas terrible, quiero decir, mis celos de don Cárlos. Matilde

respondió á eso lo que ya en un tiempo imaginé yo: el capitan Gonzalez habia hablado á Mendoza del desafio que debia tener lugar entre Sotopardo y yo: Matilde alarmada, no pudiendo verme y sabiendo además que yo era inocemte de lo que se me acusaba, habia preferido arriesgar su reputacion y comprometer su existencia, al peligro que me amenazaba; y dado, en consecuencia, una cita á don Cárlos, esperando probarle que no tenia razon para batirse conmigo, y resuelta á acusarse á sí misma, si necesario fuese.—En cuanto á mi destierro, he aquí la esplicacion que me dió la encantadora sirena: Almazan, *por complacer al coronel, retiró su parte contra mí*, pero reservadamente avisó al ministro lo ocurrido, no por perjudicarme, sino para evitar un lance inescusable entre Mendoza y yo, si continuábamos en el mismo regimiento. A mayor abundamiento, Matilde *escribió por el mismo correo á una amiga suya*, casada con cierto personaje muy en favor en palacio, por manera que el golpe cayó sobre mí amortiguado, y en la primera ocasion oportuna fué fácil conseguir que se me levantara el destierro. Ya ven VV. que todo se esplicaba con claridad y lisura.

«Pero, continuó Matilde, Mendoza sabe de una manera tan positiva tu inclinacion.....—Mi amor, Matilde, mi amor delirante.—Acabarás por hacérmelo creer, embustero. Pero óyeme: mi marido sabe tu amor, te repito, de una manera tan positiva, que yo misma, para no aparecer tu cómplice, he tenido que convenir en que fué cierta aquella pasion, y solo he obtenido su palabra de honor de no provocarte donde quiera que te vea, en cambio de la promesa formal de no volver á hablarte en mi vida.—¿Y la cumplirás? interpuse yo con estúpida candidez.—Como vés; tontísimo personaje; respondió burlona mi hechicera manola: como ves. Ya tú *sabes que Almazan y Mendoza son dos amigos íntimos*; si el primero te vé conmigo....—¿Sería tan villano que....—No lo sé, Alfonso, y el mejor de los dados..... En resúmen, si hemos de vernos...—¡Matilde! ¿No he padecido ya bastante?—¡Ah! quién ha de fiarse de un hombre tan jóven!—¿Quieres mi vida en prueba de la sinceridad de mi amor?—¡Tu vida! no por cierto, por ella daria la mia.—¿Conque me amas?—Buena pregunta: no me interrumpas, por Dios. Te digo que el mas impenetrable misterio ha de encubrir nuestras relaciones. ¿Serás discreto?—Como un mudo, alma de mi vida.—¿Me obedecerás sin réplica?—Como á Dios.—¿Te conformarás con las condiciones que te imponga?—Sean las que fueren.—No has de ir á sociedades que yo frecuente.—Duro es: pero acepto.—Ni seguirme en los paseos, ni colocarte donde seas visto en los teatros, ni.....—¡Cuanto quieras con tal que yo te vea, y tú me ames!

Quedó, pues, convenido entre nosotros un plan de vida en el cual, por una á dos horas al mes de felicidad, me condenaba yo á privaciones continuas y sacrificios no interrumpidos. ¿Pero en qué repara un amante de veinte años que, al cabo de dos de tormentos, vé acercarse el momento de ser dichoso?

En aquella conversacion, que duró hasta con el alba hubo de retirarse del baile Matilde, me preguntó esta, como celosa, por la Romana con quien me habia hallado. Mi respuesta fué referir lo sucedido en el lance de los ladrones de las cercanias de Ronda, así como en el Prado, y recientemente en el baile donde estábamos. «Sí, me respondió mi amada, he oido hablar de esa mujer y de su gran semejanza conmigo..... Pero oye, Alfonso, no quiero que te espongas á equivocarte. ¿Me prometes huir de ella?—Y del mundo entero, si lo deseas.—Júramelo.—Por tus ojos.—Por tu honor.—Por mi honor.» Una dulce presion de mano en el brazo que servia de apoyo á Matilde fué la recompensa de mi aventurada promesa.

Inútil es decir á VV. que cumplí religiosamente todas mis promesas, y que Matilde fué en lo sucesivo apretando cada vez mas los hierros que á ella me ligaban. De mí pudo decirse literalmente, lo que en estilo figurado, aunque vulgar, *se dice en Madrid de los jóvenes* que se enamoran: *me hundí*. Dejé de concurrir á paseos y tertulias, al teatro iba poco, y se me pasaban dias sin ver la calle. Entonces, señores, di en hacer versos, y al menos para mi educacion literaria, aproveché aquella temporada de retiro.

Basta por hoy: mañana proseguiremos.

V.

Si uno de los preceptos del arte de la narracion es que la persona que la hace no salga á la escena sino en contadísimos casos, ciertamente que no podrán quejarse nuestros lectores de que hasta ahora lo haya infringido el redactor de los *Estudios sobre las costumbres españolas*: pero un incidente que ocurrió en nuestra reunion la quinta *de las tardes destinadas á oir el relato de don Alfonso Tellez*, le obliga á tomar la palabra, y en su propio nombre referir lo acaecido.

Sucedió pues, que siendo pasada, y con mucho, la hora en que soliamos, dejando la conversacion general, comenzar nuestros cuentos, sin que se presentase don Alfonso á continuar su pendiente historia, recibió don Antonio una concisa esquela del oficial á quien impacientes esperábamos, anunciándole que por aquella tarde le era imposible acudir á la cita, pero que acaso en la próxima hallaria medio de compensarnos ámpliamente la privacion, si lo era, que entonces se veia precisado á imponernos.

«¡Vive Dios! esclamó don Diego, que es tan enigmático ese billete, como el resto del prolijo cuento de nuestro militar.

«Que el billete sea enigmático, respondió don Antonio, no lo niego; pero en cuanto, no al cuento, sino á la historia de Alfonso, digo que no me parece prolija por dos razones, á saber: primera, que como estudio de costumbres, una intriga tan profunda y hábilmente combinada como la que envolvió en su juventud á Tellez, conviene perfectamente á nuestro propósito.. ..»

Don Diego. Sea; ¿pero á qué referirnos tan al pormenor todos sus incidentes, como por ejemplo, la aventura de los ladrones?....

Don Antonio. Porque aun en una novela de pura invencion, si se quisiera dar cabal idea de las costumbres del pais, así fuera necesario hacerlo; mucho mas cuando se trata de sucesos realmente acaecidos. Ademas, amigo mio, tenga Vd. un poco de paciencia; quizá con el tiempo, y esta es la segunda de mis razones, veamos que el lance de las cercanias de Ronda no es tan episódico como á primera vista lo parece.

Don Diego. Entre tanto Vd, segun veo, tiene alguna idea de la vida de don Alfonso.

Don Antonio. Mas de lo que él mismo imagina.

El Redactor. Pues en ese caso ¿por qué no prosigue Vd. la narracion pendiente?

Don Antonio. No lo dije por tanto: mas ya que Alfonso no viene, ni hay quien le reemplace, oigan Vds. una historieta.

Don Diego. ¿Dividida en dos siglos como la de marras?

Don Antonio. No, amigo mio, no; toda ella reciente, casi contemporánea, aun cuando con mi acostumbrada pesadez, la tomaré desde su origen.

Encendiéronse los cigarros, arrellanóse cada cual en su poltrona, tragéronnos luces, animóse la llama de la chimenea, y cuando, libres de cuidados, nos vió con nuestras respectivas tazas de café en las manos, dijo don Antonio:

«Va de cuento. Habia en Sevilla, reinando el señor don Cárlos III de felice recordacion, un magistrado de ilustre prosapia, ex-colegial del mayor de Santa Cruz de Valladolid (establecimiento debido á la ilustrada munificencia del gran cardenal Mendoza), y que á la edad de poco mas de veinticinco años, casándose con cierta camarista, ni jóven ni bonita, pero bien emparentada y muy favorecida del conde de Aranda, obtuvo una vara de alcalde del crimen en la real audiencia de la ciudad que, segun la leyenda, «Hércules edificó, y el Rey *Santo ganó de las moriscas escuadras.*»

»El doctor don Fadrique de Vargas, que así se llamaba nuestro alcalde, era uno de los hombres que, como ciertas montañas, bajo la fria corteza del áspero granito, encubren un volcan de pasiones tanto mas violentas, cuanto mas comprimidas. Contrariado en sus inclinaciones desde que comenzó á tener uso de razon por un padre inflexible que, imbuido en las máximas de la legislacion romana, su favorito estudio, se creia poco menos que con derecho de vida y muerte sobre sus hijos, vióse obligado á vestir los manteos en vez del uniforme militar, á cursar las aulas y apartarse de los campamentos, á manejar libros, en fin, cuando anhelaba empuñar las armas.

Semejante opresion enerva infaliblemente las almas de un temple comun; pero las que le tienen superior, con la esclavitud se endurecen, y adquieren, acaso, nueva fuerza. Tal le sucedió á don Fadrique: la firmeza natural se le trocó en obstinacion; la perseverancia se hizo en él porfia, la severidad dureza. Con tales elementos era de temer que se rebelase contra la autoridad paterna: pero cuantas palabras habian resonado en sus oidos desde que nació, cuantos libros habian caido en sus manos desde que pudo descifrar las silabas, todo, en fin, habia conspirado á grabar en su corazon la máxima de que resistirse á la voluntad del autor de sus dias era equivalente á rebelarse contra el cielo mismo; y de ahí procedió que, sin murmurar, se dedicase á la carrera de las leyes. Una vez resuelto á ello, pisó las aulas con el propósito de sobresalir en sus estudios y llegar á magistrado, para lo cual no economizó vigilias ni perdonó sacrificios.

Aplicado é inteligente, grave é irreprensible en su conducta, graduado á claustro pleno con universal aplauso de doctores y estudiantes, y, ya bachiller, obtuvo sin dificultad una beca en Santa Cruz, donde fué modelo de colegiales. Pero ¡cosa singular! estimábanle sus maestros, respetábanle sus compañeros, y nadie le amaba. Su padre mismo, á quien obedecia como á Dios, no le mereció jamás una caricia, á ninguno de sus superiores pidió gracia alguna en el discurso de su carrera, y jamás tuvo entre sus iguales un amigo.

Era don Fabrique, volviendo á mi primera metáfora, como las formaciones volcánicas en la naturaleza: imponente, magestuoso, grande: pero melancólico, agreste, frio en la apariencia. Al parecer consideraba á la especie humana como el pedagogo á los jóvenes que gobierna. De su justicia podia esperarse todo, de su bondad nada. Defendia sus derechos con obstinacion, cumplia escrupulosamente sus obligaciones; nunca ofendia á los demas, y nunca tampoco disimulaba el mas pequeño agravio.

Sus condiscípulos jamás pudieron intimarse con él; á ninguno tuteaba, ni preferia, ni desdeñaba. Obligado por las reglas del instituto á no salir del colegio sino con otro compañero, hacíalo pocas veces, y esas llevando consigo á un fámulo, si le era posible, y en otro caso al primero que se le presentaba; y en resúmen, su rigidez inflexible, su severidad característica le valieron el apodo glorioso de *Caton* del colegio.

Así se pasaron, enteramente consagrados al estudio de una ciencia que profundamente aborrecia, los primeros años de la vida de don Fadrique, vida que no tuvo primavera, ni por consiguiente las lozanas flores que la embellecen, vida que en vez de provechosa para la humanidad y brillante para él, fué estéril, oscura y hasta culpable, no por haberle departido la suerte un alma viciosa, sino porque no hubo quien le encaminara con tino, quien cultivara las escelentes dotes que al cielo debia.

Y aquí, amigos mios, habrán VV. de perdonarme la digresion, pero no puedo menos de dolerme de que de todo se escriba, todo se estudie, todo se perfeccione, menos lo que en mi concepto fuera mas esencial, la educacion moral del hombre en sus primeros años.

La legislacion moderna ha hecho quizás bien en limitar en ciertas materias la autoridad paterna, quizás mal en facilitar, dando sobradas riendas á la juventud, que esta se pierda por inesperiencia: no es ahora ocasion de discutir esa materia; lo que sí me asombra es que la sociedad, en mi concepto privilegiada acreedora del hombre que en ella vive, no intervenga mas eficazmente que lo hace en los primeros pasos del niño, que, con el tiempo, ha de influir en sus destinos.

Don Diego. Por Dios, señor mio, que habremos de decirle á usted lo que *Maese Pedro* al muchacho del retablo...

D. Antonio. Pues para que V. no me lo diga, seguiré yo mi *canto llano* y vuelvo á don Fabrique.

«Así que este, graduado de doctor *in utroque*, concluyó su carrera, envióle su padre á Madrid, con buenas cartas de recomendacion, el bolsillo bien provisto, que siempre ha sido el dinero en las cortes indispensable compañero, y la órden de pretender una toga. ¡Una toga en los tiempos de Carlos III y siendo primer ministro el conde de Aranda! La empresa era poco menos que imposible, y precisamente por eso agradaba á don Fadrique. Vestirse la garnacha, como algunos años despues pudiera, sin mas trabajo que adular servilmente á algun insolente favorito, pareciale indigno de su carácter: arrancársela á la entereza del gran ministro, sentarse bajo el sólio del tribunal y oirse tratar de *Alteza*, jóven aun, cuando casi todos los oidores y alcaldes peinaban canas, era triunfo que le lisonjeaba, pero como lo he dicho, casi imposible de conseguir.

Es admirable que, lanzado repentinamente en el tumulto de Madrid, puesto en relaciones con la grandeza, merced á su buen nacimiento y á las muchas recomendaciones que llevaba, y, en una palabra, colocado á la orilla del precipicio de las vanidades mundanas, no se le desvaneciera desde luego la cabeza y diese al traste con su catoniana severidad: pero seis meses resistió valerosamente á la tentacion, seis meses fué en la metrópoli de las Españas lo que habia sido en el colegio y en la universidad: irreprensible en la apariencia. Sin embargo, el volcan hervia, la lava iba hacinándose, el fuego socarrando las rocas, y la esplosion era inminente.

Un hombre habia entonces en la corte, mucho mas jóven todavia que nuestro pretendiente, pero de carácter en muchas cosas análogo al suyo; y ese hombre de cuya vejez he hablado á VV. en otra ocasion, era el conde de San Justo...

El Redactor. ¿El descendiente de don Rodrigo?

Don Antonio. El mismo, entonces alferez de Guardias españolas; y voy á referir á VV. cómo hizo amistad con don Fadrique, que fué de esta manera: Encontráronse ambos un dia en las *Platerías*; iba el conde hácia la plaza, el pretendiente á togas en direccion de los Consejos; llevaba el primero la derecha, pero el segundo tenia prisa y no quiso, ó no pensó en cederle el paso. Paróse San Justo y paróse don Fadrique; miró aquel á éste de alto abajo, como provocándole, y miró el estudiante al oficial todavia con mas insolencia. Ni el uno ni el otro eran hombres de dar un escándalo en la calle; pero al militar su uniforme le imponia no ceder el terreno; al presunto magistrado su carácter la de no pasar por pendenciero. Callaban, pues, entrambos; callaban y mirábanse de hito en hito como dos rabiosos tigres prontos á despedazarse, pero que recíprocamente se acechan esperando ocasion oportuna de asegurar la presa. Perdió el conde primero la paciencia, y, en voz baja, pero con iracundo acento, dijo á su antagonista: «Paisano, si no me cede V. el paso, le arrojo al arroyo.—Este paisano, replicó Fadrique sin perder un punto de su serenidad, es por lo menos tan caballero como el oficial insolente.....» Pero no pudo decir mas, porque el brazo vigoroso del conde, alzándose súbitamente, amenazó su rostro tan de cerca que, á no acudir rápidamente á la parada, recibiera la última afrenta que y un hombre pueda hacerse. Personas organizadas como los dos actores de la escena que describo lo estaban, pueden dejarse arrebatar un momento por la cólera; pero llegados al punto estremo en que por el insulto y palabra del uno y el amago del otro se hallaban, recobran al instante el imperio sobre sí mismos, dándoles la sed de venganza que les abrasa paciencia bastante para diferirla hasta poder obtenerla completa. Así es que, como si precediera convenio entre ellos, tan luego como don Fadrique hubo contenido el brazo del conde, lanzándose una mirada de ódio implacable, se tendieron estrecharon las manos. «Al amanecer de mañana en San Blas, dijo el doctor.—Con la espada y un amigo, replicó el oficial.—Yo no tengo amigo, repuso don Fadrique, basta la espada.—Sea, contestó el de San Justo.» Y se separaron al instante.

A ser nuestro alcalde lo que en realidad parecia, es decir, inesperto en el manejo de las armas, pudiera decirse que era hombre muerto, atendida la destreza de su enemigo; mas don Fadrique bajo un nombre supuesto y en una casa por él alquilada á ese solo efecto, habia tomado lecciones de esgrima del mejor maestro de la corte, y tanta era su aficion, tales sus naturales disposiciones, que hizo en seis meses progresos sorprendentes. Por lo mismo aquel duelo no le aquejaba en manera alguna por el riesgo que correr pudiera su persona, sino por el evidente de arruinar en un solo momento el edificio de su ambicion y esperanzas. Carlos III quiso ¡estraño error! acabar con los desafíos imponiéndoles penas aflictivas é infamantes, como si quien por no quedar infamado en la sociedad arriesga su vida, se arredrara ante castigos judiciales; Carlos III, digo, detestaba el duelo, y ya que don Fadrique esperase salvar, aunque con dificultad, su cabeza de manos del verdugo, en caso de triunfar del Conde, estaba seguro de que jamás seria admitido en la magistratura española, mientras viviese el monarca reinante, un hombre culpable de haberse batido en desafío. La alternativa era cruel: ó quedar por cobarde con su contrario, ó renunciar al fruto que podia prometerse de haber sacrificado su juventud é inclinaciones á la voluntad de su padre. Mas triunfó el amor propio de la ambicion, y á la hora y en el sitio convenido, halláronse los dos contrarios, cada uno con su espada, dispuesto á lavar en sangre los agravios hechos y recibidos. Al verlos saludarse cortés y ceremoniosamente y encaminarse á las tapias del Buen Retiro, nadie digera sino que reinaba entre ellos la mas perfecta armonia: mas á los cinco minutos las espadas se habian cruzado, y pocos instantes despues uno de ellos bañado en sangre, yacia en tierra sin sentido. Era Don Fadrique, á quien el hierro de su contrario habia herido en el pecho. Acudió el Conde solícito á vendar la herida con lienzos que á prevencion llevaba, y luego que estuvo seguro de que su valeroso enemigo no corria riesgo de desangrarse, recogiéndole la espada, bajó presuroso del lugar del duelo, que era el castillo de san Blas, á la vecina ermita del Angel; despertó al ermitaño, y diciéndole desde afuera lo que ocurria, montó en el caballo que uno de sus lacayos le tenia prevenido, y salió á escape por el Prado. Cuando el ermitaño llegó donde estaba Don Fadrique, habia este recobrado el sentido, y con él toda su presencia de ánimo. Díjole, pues, que habiendo salido, como acostumbraba (y era verdad) á dar un paseo al rayar el dia, le habian acometido dos hombres pidiéndole la bolsa ó la vida; que en la lucha le hirieron con un estoque; y que á vista de la sangre, los rateros á quien sin duda la necesidad sola obligó á llegar á tal estremo, renunciando á su mal propósito, acudieron á restañarle la sangre, huyeron en seguida temerosos. Esta fábula, dicha con naturalidad, creida de buena fé por su primer oyente, y esparcida despues de boca en boca sin escitar dudas, porque la profesion y carácter de Don Fadrique le ponian á cubierto de toda sospecha, salvó la ambicion á este y la vida del Conde, que generoso y noble como pocos, fué desde entonces el mejor, ó mas bien el único amigo del hombre á quien habia herido. Por su parte el futuro alcalde cobró grande afecto al Conde, y la muerte sola pudo desatar los lazos de una amistad cimentada en hierro y sangre.

(Continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

MADRID. Imprenta del SEMANARIO E ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.